

EL DISCURSO POLÍTICO DE LA ANTIPOLÍTICA

Hernán Fair (1)

Resumen

El ensayo analiza el discurso político de la antipolítica. Tomando como eje algunos pormenores del caso argentino, afirma que el elemento político de la política se ve erosionado por la presencia de un discurso tecnocrático-gerencial y un discurso liberal-republicano, que tienden a eliminar a lo político en su doble dimensión de aceptación del conflicto, la alteridad y las relaciones desiguales de poder, y de aceptación del antagonismo constitutivo de visiones. El resultado de este proceso es un deterioro de lo político, que termina por promover un declive general de la propia praxis política.

Palabras clave

Discurso liberal-republicano, Discurso tecnocrático-gerencial, la Política, lo Político, Análisis político del discurso.

Abstract

The essay analyzes the political discourse of anti-politics. On the axis some details of the Argentine case, affirms that the political element of the policy is eroded by the presence of a technocratic-managerial discourse and a liberal-republican discourse, which tends to eliminate the political in its double dimension of acceptance of conflict and unequal relations of power, and acceptance of constitutive antagonism of visions. The result of this process is a deterioration of the political that ends up promoting a general decline in political praxis.

Keywords

Liberal republican speech, Technocratic-managerial speech, Politics, Policy, Political analysis of discourse.

1. Introducción

Mucho se ha escrito en los últimos años acerca de la crisis y/o el declive de la política, del hombre público, de las ideologías y de las identidades y tradiciones partidarias. Sin embargo, lo que se pretende analizar en este ensayo no es el descontento ciudadano con la actividad política, la crisis y declinación de los partidos políticos y del Congreso como instituciones que canalizan y expresan legítimamente la relación entre los ciudadanos y el Estado, o la desafección general hacia los líderes que actúan como representantes políticos, lo que habitualmente la Ciencia Política ha definido como la crisis de representación o crisis de representatividad política. Según sostenemos, la política no se circunscribe, ni mucho menos, a este campo tan reducido. Desde la definición amplia que proponemos, la política abarca necesariamente los tópicos y significantes que la interrelacionan con la comunicación y la cultura. De allí que podamos referirnos a la existencia de una particular cultura política.

Ahora bien, como señalaba Oscar Landi (1988), en un interesante trabajo que hemos recuperado, la cultura política ha sido relacionada históricamente por los distintos regímenes dominantes a los fenómenos enunciados por actores de la política, ya sea partidos, dirigentes y/o el Estado. Sin embargo, lo que destaca Landi es que lo político no puede estar vinculado únicamente con ciertos temas o enunciados que hablan de política. En realidad, “la definición de lo que es y de lo que no es político en la sociedad en un momento dado es producto de los conflictos por la hegemonía” (Landi, 1988, p. 202). Es por ello que Landi afirma que lo que es considerado político es producto de una construcción social que tiene relación con el “sentido del orden”.

Si seguimos la definición de Landi, que lo asemeja a algunas perspectivas recientes del post-estructuralismo (Laclau, 1993, 2005), actualmente podemos observar una transformación de lo que es considerado político, en tanto vastas áreas de la realidad social son vistas ahora como apolíticas, cuando décadas atrás eran relacionadas con ideas y valores considerados políticos. Es el caso, por ejemplo, del llamado discurso tecnocrático (Verón, 1985), un discurso estructurado y estructurante que tiende a desvalorizar a la política en pos de una supuesta gestión y administración instrumental de lo social, que no se encontraría vinculada a relaciones desiguales e inmanentes de poder y dominación (lo propio de lo político). Este discurso, si bien con largos

antecedentes sociohistóricos, ha llegado a ser hegemónico durante la década de los '90, manteniendo aún una marcada, aunque alicaída, influencia social en diversos sectores (2).

Sin embargo, podemos incluir una segunda definición más general de lo que representa lo político. Si en el primer caso, que puede tomar como base los análisis de Michel Foucault (1992), lo político se hallaba vinculado a la presencia de relaciones de poder que resultan inherentes y constitutivas a toda relación social, es posible incorporar una segunda definición general acerca de lo político. Desde este enfoque, que remite a la obra de Carl Schmitt (1987), lo político se vincula con la célebre distinción “Amigo-Enemigo”.

En ese contexto, recuperando los aportes de la visión anterior, podemos señalar que lo que observamos en las últimas décadas, con la preeminencia de los discursos tecnocráticos, es ya no sólo la transformación, sino también la declinación de lo político. Y ello en razón de que, en los últimos tiempos, parece declinar tanto la inclusión de una lógica basada en el antagonismo de proyectos colectivos (definición schmittiana), como la aceptación del conflicto, el poder y la alteridad como constitutivas de todo orden y de toda relación social (definición foucaultiana) (3). Tal como lo había denunciado el propio Landi hace más de dos décadas, al observar la emergencia de este tipo de discurso tecnocrático en figuras como el ex Gobernador cordobés y ex candidato a Presidente de la Argentina, Eduardo Angeloz, parece como si la política, con su elemento político inmanente, debiera ser ahora pura “gestión” y “administración” tecnocrática de lo que quiere “la gente”. En muchos casos, ni siquiera parece ser buena idea apelar a las demandas sociales insatisfechas del Pueblo y “los de abajo” (Laclau, 2005), o a la inclusión en un plano igualitario de los sectores “incontados” (Ranciere, 1996), para obtener éxito simbólico y electoral. Por el contrario, en los nuevos tiempos “desideologizados”, aquellos en los que las distinciones ideológicas entre la izquierda y la derecha han quedado “obsoletas”, y se asiste al fin de la “vieja” política basada en el “enfrentamiento” y la militancia tradicional, se debe gestionar y administrar la sociedad y la economía sin conflictos “innecesarios” y “contraproducentes” que alteren la “concordia” y “armonía” del “cuerpo social”. Como lo vemos repetir en diversas figuras del ámbito local e internacional, se debe buscar una mayor “tolerancia”, “diálogo” y consenso social e, incluso, en sectores más conservadores, la “reconciliación nacional”

o la “pacificación social”, para acabar con la etapa de “crispación”, “autoritarismo”, “intolerancia” y “conflicto permanente”. Se produce, así, en los términos del análisis político del discurso desarrollado por Laclau (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 2005), una “frontera de inclusión” que establece una “cadena de equivalencias” signada por un “punto nodal” basado en la gestión eficiente, racional y técnica o experta, asociado a la “nueva” política del “diálogo”, el “respeto”, el “consenso” y la “tolerancia”, frente a una “frontera de exclusión” que antagoniza con la “vieja” política y los antiguos políticos, asociados a la antigua militancia partidaria y a significantes equivalentes como un accionar “irracional”, “arbitrario”, “pasional”, “conflictivo”, “violento”, “intolerante” e “ineficiente” en el manejo de los recursos públicos (4).

2. Antagonismo y política: De Schmitt a Mouffe

El concepto de lo político, tal como fue definido por Carl Schmitt (1987) a comienzos del siglo pasado, se relaciona, como hemos señalado, con la distinción “Amigo-enemigo”. En dicho marco, si pensamos en su aplicación sociohistórica, quedaba clara la existencia de proyectos antagónicos delimitadamente marcados que otorgaban entidad e identidad política a los sujetos colectivos. En la Argentina, por ejemplo, a mediados de los años ‘40, se sabía que la “oligarquía” terrateniente era el enemigo irreconciliable del “Pueblo”, porque el propio discurso peronista ponía de manifiesto esta demarcación política entre un nosotros y un ellos que resultaba irreconciliable (Sigal y Verón, 2003).

No obstante, desde aproximadamente mediados de la década de los ‘70, y especialmente durante la última década, con el fracaso de la experiencia soviética y el triunfo global de la democracia (neo)liberal, lo específicamente político, asociado al antagonismo de proyectos de país y la presencia de relaciones desiguales de poder trasmutadas en procesos de dominación, se ha devaluado. No criticamos aquí, e incluso estimulamos, cierta moderación del antagonismo exacerbado, lo que ha llevado a teóricos contemporáneos como Chantal Mouffe (1999, 2005, 2007), a referirse, en su crítica a la visión puramente antagonista de la política de Ernesto Laclau (2005), a la necesidad de tomar en cuenta una lógica de “agonismo”. Como destaca Mouffe (2007), en su crítica “desde Schmitt contra Schmitt”, esta lógica agonista “sublima”, sin eliminar nunca, los antagonismos constitutivos. Para ello, en lugar de considerar al “Otro” como un “enemigo” a combatir discursivamente con todas las armas posibles (Laclau, 2005), se

lo considera como un “adversario” al que el “Nosotros” se enfrenta, e incluso puede dialogar en busca de consensos (si bien descreyendo de la posibilidad de alcanzar un acuerdo final puramente racional).

No puede señalarse como negativa cierta moderación de la violencia política y social que caracterizaba en los años ´70 a nuestro país, así como a diversos países de la región, ni tampoco olvidar la herencia nazi asociada, quizás injustamente, al pensamiento schmittiano (5), sino más bien denunciar su lisa y llana eliminación. Así, a partir del genocidio perpetrado por la última Dictadura cívico-militar (1976-1983), y la creciente democratización institucional del justicialismo en los años ´80, la lógica “Amigo-Enemigo”, “Patria-Antipatria”, que caracterizaba tradicionalmente al peronismo y el antiperonismo (Sigal y Verón, 2003), sin desaparecer del todo, se ha debilitado fuertemente (Palermo y Novaro, 1996; Barros, 2002).

Existe un amplio acuerdo general en que el objetivo de una política democrática y plural, con su componente inmanente de lo político, no debe consistir en el retorno a esa lucha civil interna entre la izquierda y la derecha del peronismo, o a la violencia social generalizada entre el peronismo y el antiperonismo, bajo el manto represivo del Estado. Precisamente, desde la definición post-estructuralista, de orientación post-marxista, que tomamos como base en este trabajo, mientras que lo político se asocia a la marcación de un Nosotros y un Ellos y a la aceptación del conflicto, el antagonismo, la alteridad y las relaciones desiguales de poder como constitutivos, la política se vincula con la construcción colectiva de hegemonías ideológicas o culturales que articulan discursivamente el espacio social (6). En ese marco, como destaca Chantal Mouffe (1999, 2005, 2007), la política conlleva en su interior un elemento político que debe ser “sublimado” para la construcción consensual de un orden democrático y plural. La construcción política “agonista” requiere, entonces, para la construcción discursiva de hegemonías democráticas, del diálogo y el debate plural de ideas (Laclau y Mouffe, 1987) y la búsqueda de acuerdos y consensos colectivos. Sin embargo, estas concesiones a la tradicional visión democrático-liberal no puede llevarnos a renegar completamente de lo político, en nombre de una supuesta administración gestionaría o puramente consensual de lo social (7).

En ese marco, el problema que observamos, y que se replica en otras latitudes, es que la necesaria moderación de los conflictos y antagonismos constitutivos en nombre del diálogo y el consenso, han llevado actualmente a una transformación tan profunda de la cultura política, que no sólo se ha modificado lo que debe ser considerado político, cada vez menor a partir del auge de la filosofía neoliberal-utilitaria en favor del libre mercado y el lucro capitalista y la expansión mundial del fenómeno conocido como globalización (Fair, 2010a), sino que se ha producido, o se intenta producir, una brutal despolitización y desideologización.

Esta devaluación del componente político de la política, tanto en su definición schmittiana de aceptación del antagonismo, como en su versión foucaultiana de aceptación del conflicto y las relaciones inherentes de poder en toda relación social, ha llevado a fomentar una visión política (en tanto busca construir hegemonías y en tanto el antagonismo y el poder resultan constitutivas a su construcción cultural) basada en la desaparición casi absoluta del componente político de la propia política, absorbido en la pura administración tecnocrática y aséptica de lo social. En efecto, desde los años '90, al compás de la crisis de representatividad de los partidos políticos tradicionales y del Parlamento, el declive de la palabra política de los líderes representativos y el fin de las grandes narrativas identitarias (Rinesi y Vommaro, 2007), ha logrado transformarse en hegemónica la idea de que la confrontación de proyectos antagónicos, de modelos socioeconómicos contrarios y visiones del mundo contrapuestas e irreconciliables entre sí, requiere ahora, en los nuevos tiempos (pos)modernos de "democracia liberal", dejar de lado esas diferencias "circunstanciales". En lugar de ese mundo "viejo", "crispado" e "ideologizado" de la militancia tradicional, la ciudadanía se debe adecuar y *aggiornar* a un mundo "nuevo" en el que los modos de actuar en política se basan en la búsqueda del diálogo racional, el consenso, la tolerancia democrática, la armonía recíproca en todos los campos y, en algunos casos, la reconciliación nacional (8). Al mismo tiempo, la definición de lo político, en tanto aceptación inmanente de relaciones desiguales de poder y dominación, ha trasmutado a un orden liberal democrático en el que el rasgo más marcado, al decir de Bauman (2003), es la separación de la política y el poder (9).

3. Entre la gestión tecnocrática y el consenso liberal republicano

Como hemos mencionado, en las últimas décadas asistimos a un declive de lo político y, por extensión, de la política misma (en su visión no democrático-liberal consensualista). Esta crítica a la presencia de lo político desde la propia actividad política, se observa en la importante presencia que ha adquirido en el espacio público lo que definimos como el discurso político de la antipolítica. Decimos discurso político, ya que este discurso desideologizado, presente históricamente en países como Francia bajo liderazgos como el de Valéry Giscard d'Estaing, hace política confrontando implícita o explícitamente con los propios políticos, a quienes acusa de defender intereses particulares e hiper-ideologizados ya superados por el devenir de la historia o, directamente, de no lograr comprender la realidad social (Verón, 1985). En contraposición a la irracionalidad, la ineficiencia y la excesiva ideologización de la “vieja política”, el saber superior y la capacidad de gestión eficiente, propias del sector privado, les permite a los técnicos expertos y a los empresarios de la “nueva política”, administrar o gestionar racionalmente, y sin “ideologías innecesarias”, a la economía, garantizando, supuestamente, la mejor asignación de los recursos “escasos”.

No obstante, como destaca Iazzetta, en la actualidad existen dos fuentes de malestar frente a la política: los que demandan ética pública y moralización frente a la corrupción y el particularismo, y los que rechazan toda política y piden despolitizar la política para que domine la economía y un mercado sin interferencias de la propia política (Iazzetta, 2002, p. 190). En ese marco, a modo analítico, podemos señalar que el proceso de despolitización de la política posee dos modalidades de presentación: la más extrema, representada por el discurso de gestión y administración tecnocrático-gerencial-neoliberal, y la más moderada, representada por el discurso liberal democrático, liberal republicano o deliberativo-consensual. En la Argentina, sin que sean casos puros, actualmente podemos ejemplificar su presencia, en el primer caso, con el empresario de la nueva derecha del partido PRO Mauricio Macri y, en el segundo, con diversos dirigentes políticos provenientes del radicalismo (desde Julio Cobos, hasta Ricardo Alfonsín y Margarita Stolbizer).

En ambos ejemplos, en gran medida debido a sus orígenes gerenciales, en el primer caso, y de la larga tradición republicana del partido radical (UCR), en el segundo, el punto de partida de sus discursos es la necesidad de dejar de lado, o bien moderar, los

“enfrentamientos” político-ideológicos, para alcanzar un consenso social que “respete a las instituciones”, promueva el “diálogo” y la “tolerancia” y, en algunos casos, permita alcanzar la “paz” y la “reconciliación” entre todos los argentinos. En dicho marco, se critica y desprecia la excesiva “confrontación” y “crispación” que caracteriza al gobierno actual (liderado por Cristina Fernández de Kirchner), y se aboga, en su lugar, por buscar y promover un diálogo “pacífico” y “amplio” que encuentre siempre puntos de acuerdo y consenso racional entre las partes (10).

La lógica política que podemos hallar detrás de este tipo de discursos de la “consensualidad feliz” (Ranciere, 1996), es una fe, típicamente liberal, en la Razón iluminista. Esta fe decimonónica, con largos y sedimentados antecedentes históricos y teóricos (Fair, 2010b), lleva a este tipo de discursos políticos de la anti-política a fomentar la comunicación y el diálogo “no distorsionado”, al estilo de la “acción comunicativa” de Habermas (1994), que deje a un lado las visiones antagónicas y las relaciones desiguales de poder, e intente un acuerdo pluralista entre las partes. Mientras que en su visión más moderada, la democrático-liberal-republicana o deliberativa, se acepta la presencia ineludible del conflicto social, intentando moderarlo o limitarlo a través del diálogo y la búsqueda de consensos racionales, en el caso más extremo, el tecnocrático-neoliberal, el conflicto directamente resulta inexistente, casi una anomalía, que debe eliminarse. Se pasa así de Schmitt a Mouffe, y de Mouffe a la gestión empresarial, sin escalas.

La lógica política subyacente en esta perspectiva gerencial de la política es la visión de que el Estado es equivalente a una empresa privada que tiene que acordar entre las diversas partes (los “empleados”, “clientes” o “consumidores”, ahora denominados “vecinos”) para lograr la necesaria armonía social. De este modo, al igual que en el discurso liberal-republicano-deliberativo, y de un modo similar también a la visión neoclásica del equilibrio económico que se remonta a Walras y Pareto (Gómez, 2003), se deja a un lado la presencia de proyectos y visiones del mundo contrapuestas y no conciliables racionalmente, y se señala que, mediante el diálogo conjunto, se puede llegar a un acuerdo favorable y racional para todos. Esta política del consenso racional permitiría, así, dejar a un lado las diferencias y antagonismos, que al parecer serían sólo circunstanciales.

De esta manera, los seguidores del republicanismo o la democracia deliberativa “haberrawlsiana” (Marchart, 2009), creen posible, por ejemplo, que a partir del diálogo y el debate racional y plural de ideas en el Parlamento, se podrá llegar, en el total de los casos, a un acuerdo general entre las partes. Hace ya mucho tiempo, Carl Schmitt, quizás en una crítica excesiva, ya había señalado, sin embargo, que la mayoría de las decisiones políticas de relevancia se toman de antemano “tras bastidores” y que el Parlamento no era más que una “pantalla” en el que nada se definía. El militante político de origen radical que ha intentado transformar mediante argumentos racionales a un peronista convencido de su ideología, o viceversa, bien sabe que ello resulta imposible, en tanto, como bien señala Verón (1987), son sólo los “paradestinatarios”, los indecisos, quienes pueden ser convencidos fácilmente, y mediante argumentaciones racionales, de cambiar sus ideas.

Aunque es cierto que, en los últimos años, cada vez es mayor el número de ciudadanos independientes (Novaro, 1994; Cheresky, 2004), y a esta volatilidad electoral han contribuido en mucho los políticos con su ineficacia decisional para solucionar las diversas demandas insatisfechas del Pueblo, existe un núcleo fuerte, signado por la tradición, las pasiones y los valores subyacentes (Mouffe, 1999, 2005, 2007), que por, más diálogo racional que se presente, no puede lograr que se modifiquen las ideas e identidades políticas existentes, del mismo modo que resulta imposible convencer con argumentos a un nazi de que su odio al judío es irracional e injusto.

Por otra parte, como bien destaca Ranciere (1996), muchas veces el debate político no se establece entre qué debe entenderse por “blanco” y qué debe entenderse por “negro”, sino que los propios presupuestos definicionales sobre lo que se considera “blanco” o “negro” resultan irreconciliables. Así, dado que existen, por ejemplo, diversas definiciones posibles acerca de lo que debe entenderse por democracia, resultará imposible que un marxista convenza a un liberal que la democracia burguesa es meramente “formal” y viceversa. Finalmente, los enfoques consensualistas olvidan que, en muchos casos, el diálogo resulta interrumpido por la emergencia de un “acontecimiento” inesperado que, como lo Real lacaniano que emerge bajo la forma del “síntoma que histeriza lo social” (Badiou, 2007, pp. 13-14), rompe con la lógica del debate y “patea el tablero”. En ese marco, los enfoques racionalistas, en particular aquellos derivados del

consensualismo liberal-republicano, no pueden dar cuenta de la racionalidad de lo excluido (Barros, 2007).

Pero la fe ilimitada en el consenso racional, sobre todo en su visión tecnocrática, lleva también a creer que en la toma de decisiones cotidianas no se afectan intereses antagónicos que lejos están de ser equivalentes a las que se instrumentan en una empresa privada (Oszlak, 1980; Iazzetta, 2002). Así, desde esta visión política de la anti-política, que se condice con la lógica de gerencia empresarial de la llamada Nueva Gerencia Pública (*New Public Management*) (Aberbach y Tockman, 1999), pareciera como si una política pública de redistribución progresiva de los ingresos llevada a cabo desde el Estado, por ejemplo a través de un impuesto a las transacciones financieras, no afectara necesariamente a un sector específico de la población, mientras que beneficia a otro. Se olvida, de este modo, que la política es también la toma de decisiones vinculantes sobre el direccionamiento del dinero público, lo que implica, inevitablemente, tomar en cuenta y definir prioridades sobre las áreas a las que se destina el presupuesto nacional, beneficiando a algunos individuos, grupos o sectores social, mientras se afecta necesariamente a otros (la llamada “manta corta”) (Fair, 2010a).

Por otro lado, la propia lógica de despoltización empresarial de la política puede llevar, incluso, a olvidar o despreciar la importancia que adquiere el contenido de las políticas públicas, en favor de las formas. De esta manera, a partir de la crítica a la excesiva “confrontación” y “enfrentamiento” de los políticos tradicionales de la “vieja política”, es posible creer que se puede aplicar un brutal “ajuste” social que afecte directamente a los sectores populares -por ejemplo, como el que llevó a cabo en la Argentina el gobierno de la Alianza (1999-2001), al reducir en un 13% el salario de los jubilados y los empleados públicos- mediante el consenso y una buena sonrisa que atenúe sus efectos (11). Se olvida, así, que la política, en tanto contiene un elemento político signado por la presencia de relaciones desiguales de poder y dominación, y en tanto representa una lucha de diferentes individuos y grupos por la hegemonía cultural del espacio social, implica siempre tomar decisiones públicas que alteran ciertos intereses sectoriales para beneficiar a otros, o bien al conjunto de los ciudadanos. Esta lógica, como bien sostiene Laclau (1996) en su crítica a la “utopía liberal” de Rorty, implica una cierta “violencia” que genera necesariamente ganadores y perdedores, por lo que es

habitual y lógico que surjan resistencias, no siempre posibles de ser canalizadas mediante el diálogo consensual.

Lo que resulta claro es que, mediante este tipo de discursos políticos de la antipolítica, que han logrado en la Argentina un considerable éxito en las elecciones legislativas de mediados del 2009 y en las más recientes para Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires del 2011, y que se replican globalmente en los casos de empresarios “exitosos”, como los Presidentes Sebastián Piñera en Chile, Silvio Berlusconi en Italia y Ricardo Martinelli en Panamá, por no decir los más recientes casos de economistas tecnócratas como Mario Monti en Italia y Lucas Papademos en Grecia, lo que se logra es despolitizar aún más a la sociedad, lo que termina siendo funcional a los grandes intereses dominantes de las empresas concentradas (12).

En un mundo en el que la construcción ficticia de una buena y cordial imagen visual en los medios masivos de comunicación parece ser el mejor adjetivo de un candidato, y el *marketing* político construye los atributos de un Presidente como si fuera un yogurt que debe venderse del mejor modo posible a los clientes-consumidores, la visión subyacente acerca de una presunta ausencia de proyectos e ideas antagónicas e irreconciliables suele perjudicar notablemente a quienes los hacen presentes en su cotidianeidad. En particular, se ven afectados aquellos políticos profesionales que, al poner en evidencia la existencia de relaciones intrínsecas de poder y la dominación política que ejercen ciertos sectores o grupos sociales sobre otros, y al escenificar la consiguiente presencia de proyectos y cosmovisiones del mundo claramente contrapuestos, son acusados de estar “ideologizados”, de tener discursos “antiguos” que ya no tienen cabida en el mundo actual de la “nueva política”, o bien de promover la innecesaria “confrontación”, “crispación” e “intolerancia”, asociadas al “autoritarismo” y la “violencia”, en lugar de fomentar el “respeto”, el “diálogo”, la “tolerancia”, el “consenso” social y, en algunos casos, la “paz” y “reconciliación” que “todos anhelamos”.

No obstante, debemos tener presente que este tipo de discursos políticos de la antipolítica, que en casos como el del empresario Mauricio Macri han llegado a límites extremos a partir del énfasis en la eficiencia y la gestión por resultados, no puede ser posible sin ciertas condiciones de posibilidad. Una de las más importantes, lejos de limitarse sólo a la corrupción de los políticos, es la legitimidad social con la que se

presenta. Como destaca Bourdieu, todo discurso requiere ser reconocido como propio para adquirir legitimidad. En ese marco, el discurso cuenta con el poder simbólico de “hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, y por ello, la acción sobre el mundo” (Bourdieu, 2007, p. 71). Precisamente, el presunto saber superior de los economistas, objetivado bajo la forma de títulos académicos en las prestigiosas universidades anglosajonas, posee una “autoridad científica” que se legitima como “pura razón técnica” y, por lo tanto, objetiva. De este modo, desligándose de intereses y relaciones intrínsecas de poder y dominación, el discurso tecnocrático termina construyéndose mediante una autoridad “socialmente reconocida” por los agentes (Bourdieu, 2007, pp. 76-77).

Pero además, debemos tener en cuenta la importancia que ha tenido y aun tiene la promoción de la filosofía utilitarista y neoliberal por parte de los núcleos del *establishment* nacional e internacional. Nos referimos a los economistas, periodistas, comunicadores, políticos y empresarios que, a partir de su cíclica defensa de los principios rectores del neoliberalismo, han logrado construir en la sociedad civil, en las últimas décadas, una nueva lógica de sentido común, despolitizando con su discurso hegemónico el espacio público (Iazzetta, 2002; Fair, 2010a). Estos “intelectuales orgánicos”, muchos de ellos convencidos realmente de las bondades del discurso utilitario y de la necesidad de desideologizar la política, han contado con la inestimable ayuda de los grandes medios de comunicación de masas, especialmente la televisión, que contribuye a potenciar esta lógica hegemónica de sentido común (Rinesi y Vommaro, 2007). Basta con ver, sino, la profunda identificación y admiración global que ha producido en forma reciente el fallecimiento de Steve Jobs. Este empresario, multimillonario y “exitoso”, ha sido destacado en gran parte del planeta como un “ejemplo” y un modelo cultural a seguir, a pesar de que, al igual que Macri y De Narváez (Gallo, 2008), basó todo su éxito y popularidad en su negocio privado, esto es, no político, logrado en base a ganancias económicas particulares ajenas a toda idea de defensa del bien común y de promoción de la igualdad social.

En nuestro país, podemos señalar el caso de Marcelo Tinelli, exitoso empresario nacional admirado por gran parte de la sociedad debido a su éxito en la industria del entretenimiento de masas. Recordemos, además, que, en sintonía con su *ethos* capitalista, en el año 2009 el conocido empresario local presentó un *sketch* de humor

político llamado “Gran Cuñado”, que parodiaba, a su vez, al *reality show* “Gran Hermano”, en el que se denigraba de forma grosera a los dirigentes políticos más importantes. Este *sketch*, con amplia repercusión social a partir de elevados *ratings*, ha logrado tocar el sentido común sedimentado de muchos argentinos, que creen que la política ha terminado por ser equivalente a un espectáculo de actores mediocres que carecen de ideas, valores, convicciones personales y visiones socioculturales que resultan antagónicas entre sí.

A partir de la promoción de este tipo de discurso anti-político por parte de los sectores más poderosos del *establishment*, y más aún tras el derrumbe histórico de la Unión Soviética y el fracaso del modelo de Estado Social de posguerra, lo que es considerado político tiende a ser más reducido que en las “politizadas” e “ideologizadas” décadas previas. En lugar del mundo de proletarios y capitalistas, de amigos y enemigos, o al menos de adversarios con ideas antagónicas y valores opuestos e irreconciliables, a lo que asistimos en la actualidad, siempre con la inestimable ayuda de los “especialistas de la producción simbólica” (Bourdieu, 2007, p. 69), es a un mundo de vecinos aislados que deben dialogar, debatir y ponerse de acuerdo como en una asamblea o un consorcio, y a la igualación de la política con la pura lucha por el poder sectorial, la confrontación sinsentido y extra-ideologizada y la mera búsqueda de los beneficios personales o particulares. Los problemas, entonces, ya no son de antagonismos irreconciliables de visiones, de políticas socioeconómicas que deben enfrentarse a fuertes intereses políticos de los núcleos del poder empresarial, a pesar de su resistencia corporativa. Como se intenta imponer de manera casi uniforme desde el discurso de ciertas *elites* políticas y mediáticas, ese es un discurso “viejo” e “ideologizado”. Un discurso del “pasado” que se quedó en la “antigua” década de los ‘70. Ahora, en los tiempos actuales de “evolución” y “progreso” hacia nuevas formas de consenso democrático racional, lo que predomina es la exaltación hasta el paroxismo del diálogo, la tolerancia, los acuerdos y la búsqueda infructuosa de la paz, la no confrontación y la reconciliación social. En pocas palabras, asistimos al intento de imponer un nuevo orden sociocultural de la antipolítica que, tomando como base a la política, intenta por todos los medios borrar su inherente aspecto político, transformándose, de este modo, en un discurso político de la anti-política.

4. Palabras finales

En su imprescindible trabajo sobre la cultura política, que aquí hemos pretendido rescatar, Landí señalaba que “los diferentes principios de orden predominante en la sociedad en un momento dado han logrado delimitar lo que es y lo que no es un asunto público, porque también hacen prevalecer determinadas concepciones sobre la cultura, las relaciones que debe guardar con la vida pública y la privada de los individuos y los criterios de autoridad que definen las jerarquías en el campo intelectual” (Landí, 1988, p. 207). Como hemos visto en este ensayo, en las últimas décadas, con especial énfasis en la década de los '90, ha emergido, y adquirido un considerable grado de influencia social, un discurso estructurado sobre el sentido legítimo del orden social, que ha logrado despolitizar muchas de las áreas que, siguiendo a Foucault, tienen impregnadas relaciones intrínsecas de poder. Este discurso fuertemente político de la antipolítica ha logrado construir un nuevo sentido común, borrando el antagonismo constitutivo de visiones o proyectos colectivos. En ese marco, ya sea en su versión extrema del discurso tecnocrático-gerencial-neoliberal, o bien en su versión matizada del enfoque democrático-liberal-republicano o deliberativo-consensualista, el componente político de la política, en la doble definición que hemos propuesto, cedió su terreno en pos de un nuevo mundo desideologizado, consensual y armónico, que también pretendía llevarse consigo de un plumazo a la historia y a la capacidad inherente de acción social transformadora y crítica del sujeto político. Esta despolitización discursiva, favorecida por el accionar político de las empresas concentradas de medios y sus “intelectuales orgánicos”, le permitió al neoliberalismo hegemonizar el espacio público, al tiempo que despolitizaba a la propia ciudadanía.

Como nos recuerda el propio Landí, “la lucha política está referida a la obtención de hegemonías, de principios de legitimidad, del sentido del orden” (Landí, 1988, p. 209). En ese sentido, la lucha política no puede ser más que cultural. Así como Perry Anderson (1997) señala que los ideólogos del neoliberalismo, como Hayek y Von Mises, iniciaron su batalla por las ideas a mediados de los años '40, es decir, en pleno auge del modelo benefactor de posguerra, la lucha hegemónica por constituir un nuevo orden colectivo a favor de una democracia basada en la inclusión social, la distribución equitativa de las riquezas y el poder y la aceptación de la pluralidad de ideas, debe estar presente sin resignación en estos tiempos en lo que se intenta perpetuar la despolitización de la política. Sabemos, tal como fue destacado por las epistemologías

post-racionalistas, el post-estructuralismo, las filosofías posmodernas, la semiótica social, el psicoanálisis lacaniano y el pragmatismo anglosajón, que desde que estamos inmersos en el lenguaje, resulta imposible situarse por fuera del discurso y de las ideas, como un mítico “metalenguaje” no contaminado por las ideologías, valores y creencias. Es por eso que toda crítica cultural será siempre, y necesariamente, intraideológica (Laclau, 2006). Sin embargo, la imposibilidad de nombrar las cosas tal como ellas son en su realidad ontológica, no debe llevarnos a caer en la tentación de retomar los principios totalizantes que designan a este tipo de discursos de la antipolítica, o bien a dejar de lado directamente la lucha política concertada, para caer en un nihilismo o relativismo posmoderno de la quietud conservadora. Más bien, debe incrementar nuestra imaginación para estructurar y reforzar un nuevo sentido colectivo del orden, un núcleo de “buen sentido” que rompa definitivamente, y de este modo evite, su retorno hegemónico al espacio público. Como destaca Iazzetta, de lo que se trata es de “recrear la confianza en la política como un instrumento de cambio y como una herramienta decisiva para la formación de voluntad colectiva en un régimen democrático”. En ese marco, tal como es posible observar en la emergencia y el éxito electoral de los nuevos gobiernos progresistas, de centro-izquierda o “nacional populares” de la región, se debe seguir defendiendo el rol clave y fundamental del Estado y sus capacidades institucionales, para regular y limitar el poder de la economía y fortalecer, así, a la democracia (Iazzetta, 2002, p. 207).

En este contexto de revalorización de la política y del rol integrador del Estado sobre la dominación de la economía y el presunto saber experto y apolítico de los tecnócratas neoliberales, el presente trabajo tuvo como principal objeto elevar y fortalecer la pertinencia y legitimidad del debate político y social acerca de las diversas modalidades y estrategias que utilizan actualmente los grupos de poder real para ejercer y perpetuar el poder y la dominación sobre los sectores subalternos. En segundo término, se intentó contribuir al debate público en torno al modo más adecuado de hacer presente la existencia de proyectos colectivos y cosmovisiones socioculturales y políticas que resultan claramente antagónicos y, en muchos casos, irreconciliables entre sí. El objetivo final, de todos modos, contiene una meta y un horizonte más amplio, que consiste en transformar radicalmente, y en sentido progresista, la realidad social, contribuyendo a generar un proyecto colectivo nacional y latinoamericano que sea más justo, equitativo y solidario. Aunque el resultado de este combate cultural no será fácil

ni corto, y ni siquiera se encuentra garantizado el triunfo, entendemos que su continuación y promoción constituye un imperativo ético-político que no puede ser abandonado si pretendemos vivir y convivir en un planeta diferente a la que actualmente nos toca asistir.

Bibliografía

Aberbach, J. y Rockman, B. (1999). "Reinventar el Gobierno: problemas y perspectivas". *Gestión y análisis de políticas públicas*, 15, 3-17.

Anderson, P. (1997). Neoliberalismo: balance provisorio. En Emir Sader y Pablo Gentili (Comps.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 25-37). Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

Arendt, H. (1996). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Badiou, A. (2007). Liminar. En Alain Badiou. *¿Se puede pensar la política?* (pp. 7-15). Buenos Aires: Nueva Visión.

Baldioli, A. y Leiras, S. (2010). "Democracia, estado de excepción y decisionismo político: consideraciones y conceptos". En Santiago C. Leiras (Comp.), *Estado de excepción y democracia en América Latina. Argentina, Brasil, Perú y Venezuela en perspectiva comparada* (pp. 25-51), Rosario: Homo Sapiens.

Barros, S. (2002). *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.

(2007). "Una aproximación tangencial a la noción de ciudadanía. Algunos comentarios sobre la Argentina del Bicentenario". *Pilquen*, 7-8, 1-9.

Bauman, Z. (2003). *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE.

Bourdieu, P. (2007). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: EUDEBA.

Camou, A. (1997). "Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina". *Nueva Sociedad*, 152, 54-67.

Cheresky, I. (2004). "Cambio de rumbo y recomposición política en Argentina. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno". *Observatoire des Ameriques*, 17, 1-8. Recuperado de http://www.ameriques.uqam.ca/pdf/Chro_0417_Kirchner.pdf

Centeno, M. Á. (1997). "Redefiniendo la tecnocracia". *Desarrollo Económico*, 146, 37, 215-239.

Fair, H. (2010a). "Por una economía con un rostro humano. Crítica a la filosofía utilitarista neoliberal a partir del caso argentino". *Persona y Sociedad*, 24, 1, 69-93.

(2010b). "Las utopías consensualistas del fin de la política". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 52, 208, 15-39.

Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Gallo, A. (2008). "El discurso político de la centroderecha argentina o la anulación de la alteridad izquierda-derecha". *SAAP*, 2, 287-312.

Gómez, R. (2003). *Neoliberalismo globalizado. Refutación y debacle*. Buenos Aires: Macchi.

Habermas, J. (1994). *Teoría de la Acción Comunicativa*, Madrid: Cátedra.

Heredia, M. (2006). La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín. En Alfredo Pucciarelli (Coord.). *Los años de Alfonsín* (pp. 153-198). Buenos Aires: Siglo XXI.

Iazzetta, O. (2002). "La política en entredicho". *Estudios Sociales*, 22-23, 187-209.

Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

(1996). La comunidad y sus paradojas: la utopía liberal de Richard Rorty. En Ernesto Laclau. *Emancipación y diferencia* (pp. 183-214). Buenos Aires: Ariel.

(2005). *La Razón populista*. Buenos Aires: FCE. (2006). Muerte y resurrección de la teoría de la ideología. En Ernesto Laclau. *Misticismo, retórica y política* (pp. 9-56). Buenos Aires: FCE.

Laclau, E. y M. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.

Landi, O. (1988). Cultura política: un concepto sutilmente ambiguo. En Oscar Landi. *Reconstrucciones* (pp. 201-211). Buenos Aires: Sudamérica.

Lefort, C. (1990). *La invención democrática*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: FCE.

Montecinos, V. (1997). "Los economistas y las elites políticas en América Latina". *Estudios internacionales*, 30, 1.

Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Buenos Aires: Paidós.

(2005). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Buenos Aires: Paidós.

(2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.

Novaro, M. (1994). *Pilotos de tormentas: crisis de representación y personalización de la política en Argentina. 1989-1993*. Buenos Aires: Letra Buena.

Oszlak, O. (1980). "Políticas públicas y regímenes políticos: reflexiones a partir de algunas experiencias latinoamericanas". *CEDES*, 2.

Palermo, V. y Novaro, M. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma-FLACSO.

Quiroga, H. (2010). "Presentación", En Santiago C. Leiras (Comp.), *Estado de excepción y democracia en América Latina* (pp. 9-13), Rosario: Homo Sapiens.

Ranciere, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rinesi, E. y Vommaro, G. (2007). Notas sobre la democracia, sobre la representación y algunos problemas conexos. En Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel

Vommaro (Comps.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp. 419-472). Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Schmitt, C. (1987). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Sigal, S. y Verón, E. (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

Thwaites Rey, M. (2001). "Tecnócratas vs. Punteros. Nueva falacia de una vieja dicotomía: política vs. administración". *Encrucijadas*, 6, 1-12.

Verón, E. (1985). "El discurso tecnocrático", fragmentos tomados de *Le corps du president* (Traducción de la cátedra de "Cultura y lenguajes políticos", Ques-Sagol, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires), Ivry sur, Seine: mimeo.

(1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos* (pp. 13-26). Buenos Aires: Hachette.

Notas

(1) Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO Argentina), Candidato a Doctor en Ciencias Sociales (CONICET-Universidad de Buenos Aires). Docente de la UBA. Correo electrónico: herfair@hotmail.com

(2) Acerca de las características y antecedentes de este tipo de discurso, se recomienda la lectura de los textos de Verón (1985), Camou (1997), Centeno (1997), Montecinos (1997), Thwaites Rey (2001), Heredia (2006) y Rinesi y Vommaro (2007).

(3) Para ser más justos, esta definición a favor de las relaciones desiguales de poder como constitutivas, se inicia y desarrolla con la teoría política de Maquiavelo, así como con varios de sus herederos recientes, entre ellos, Claude Lefort (1990). Sobre el particular, véase Marchart (2009). Asimismo, puede hallarse también en corrientes como la deconstrucción derridiana y en los enfoques neo-comunitaristas de la pluralidad social, como el de Hannah Arendt (1996), entre otros.

(4) Acerca de la "nueva forma de hacer política" de Mauricio Macri, basada en la "gestión" y la "obsesión por hacer" y los valores PRO (o sea, en favor de) el "respeto", el "diálogo", la "tolerancia", el "consenso", la "pluralidad" y "diversidad", véase, por ejemplo, <http://pro.com.ar/mauricio/2011/08/01/la-victoria-de-una-nueva-forma-de-hacer-politica/>

(5) Si bien es cierto que Schmitt nunca ocultó su adhesión al Tercer Reich, se ha destacado también que equivocadamente se tiene a Schmitt como un teórico del autoritarismo estatal, debido a que el fin último

que tendría este autor “no es otro que salvaguardar al Estado y a las instituciones, evitar la anarquía y la disolución de la unidad política organizada y, por supuesto, impedir que la lógica amigo – enemigo sea manejada por los particulares” (Baldioli y Leiras, 2010, p. 40). De allí que pueda hablarse de un decisionismo democrático que no suspende, sino que atenúa temporalmente el Estado de Derecho (Quiroga, 2010).

(6) Para una aplicación analítica de estas distinciones teóricas, véase Fair (2010b).

(7) Esta crítica de lo social y lo económico desligado de lo político no implica desconocer la autonomía relativa de cada campo. Como bien señala Laclau (1993, 2005), si la sociedad, en tanto utopía de una identidad plenamente realizada, no existe como proyecto posible, lo social existe como tal, aunque se encuentra “sedimentado”, esperando la etapa de “reactivación” que lleva a cabo la política mediante la marcación del antagonismo.

(8) La crítica a la “crispación” y la “intolerancia” del kirchnerismo, aunque con antecedentes desde la asunción presidencial de Néstor Kirchner en el 2003, se desarrolló a partir del denominado conflicto con el campo, a comienzos del 2008, siendo moneda corriente desde entonces en diversos referentes mediáticos y partidarios. Uno de los principales exponentes del discurso liberal-republicano, Julio Cobos, señalaba, por ejemplo, en el año 2010, que en el país se vive un clima de “agravio, crispación e intolerancia”, y que “ningún clima de enfrentamiento, agravio, crispación y descalificación es propicio para sentarse a dialogar”. Según afirmaba el entonces Vicepresidente, se percibe “una ausencia de tolerancia y de respeto con el que piensa distinto”, destacando que “los disensos no se pueden dirimir con descalificaciones, pintadas y panfletos, sino con debate” (véase <http://www.lanacion.com.ar/1301205-preocupa-a-cobos-la-crispacion>).

(9) Se trata de la histórica distinción liberal entre la política (definida como lucha de poder) y la economía (como actividad objetiva y neutral) que, antes de Bauman (2003), han denunciado Polanyi, Bourdieu y Lechner, entre otros (Iazzetta, 2002).

(10) En el caso del discurso liberal-republicano del dirigente radical Ricardo Alfonsín, se presenta una defensa de los significantes mencionados, tales como el “diálogo amplio”, la “tolerancia”, el “consenso”, el “respeto”, la “defensa de las instituciones” y el “Estado de derecho”, junto a los demás principios del liberalismo democrático y la ética republicana, frente a la “agresión” y la “enemistad” del Gobierno nacional. Además, este discurso incorpora también ciertos principios de la visión “nacional popular”, aunque derivados de la defensa de los principios consensuales antes mencionados (véanse <http://ucmorena.blogspot.com/2010/12/extrantos-del-discurso-de-ricardo.html>, <http://www.diarioinedito.com/Contenidos/Contenidos.asp?id=1928y> y <http://www.youtube.com/watch?v=DwFNxf7TRA>). Por su parte, la visión tecnocrática-gerencial de Mauricio Macri centra su atención en la idea de un “Equipo de excelencia” y de “gestión”, con “seriedad”, “alto profesionalismo” y “conocimiento técnico”, que se encuentra “llena de realizaciones, de obras y de tareas muy concretas” y muestra “eficacia en la gestión”. En ese marco, se dirige a la “gente” y a los “vecinos”, para destacar la necesidad de promover el “diálogo”, el “respeto” y la “unidad”, criticando no sólo los “enfrentamientos inútiles”, sino también el “deterioro de las escuelas públicas” y las “colas en los hospitales públicos” (véase http://estatico.buenosaires.gov.ar/areas/com_social/jefe_gobierno/asuncion_macri.pdf?menu_id=20758). En otros casos, se incorpora también la variante más conservadora, exigiendo la “reconciliación” nacional (véanse las declaraciones de Macri en http://wap.perfil.com/contenidos/2008/08/02/noticia_0020.html).

(11) Para una crítica reciente a este enfoque, véase Fair (2010a).

(12) En las recientes elecciones presidenciales en la Argentina, el discurso más confrontador, liderado por los dirigentes Elisa Carrió y Eduardo Duhalde, obtuvo un fuerte rechazo popular, frente al buen desempeño del discurso moderado del socialista Hermes Binner. Cabe destacar, de todos modos, el apabullante éxito electoral y simbólico de un discurso claramente reivindicador del componente político de la política (si bien en su lógica actual, más cercana al “agonismo” de Mouffe que al antagonismo estricto de su esposo, próximo a la visión “populista” de Laclau), como es el caso de la reelección de Cristina Fernández como Presidenta de la Argentina, así como las recientes manifestaciones estudiantiles en Chile en contra del modelo neoliberal aplicado a la educación. Todos estos casos pueden ser vistos como “síntomas” sociales del fracaso de un discurso tecnocrático-neoliberal que reniega del conflicto, el antagonismo y el poder, priorizando las variables económicas y financieras del mercado por sobre los

valores sociales de la democracia comunitaria, basados en la integración social de los sectores populares y marginados.

R

y

P